



ENTRE MURALLAS, ASTILLEROS Y FERRERIAS CUANDO ORERETA PASO A SER VILLANUEVA DE OIARSO...

ALBERTO ECEIZA MICHEL

I

En los difusos orígenes de nuestra Villa — bastante nebulosos sin remontarnos a la semimítica Oiarso — es evidente que cuando Orereta se convirtió en Villanueva de Oiarso, su razón de existir se apoyaba en el mar. La pesca y la construcción de embarcaciones, conformaban su personalidad. Por tanto, su origen fue marinero y, según el historiador holandés Van Loon: “el origen de todos los pueblos marineros, sin excepción alguna, ha sido siempre la pobreza del territorio nacional”.

En nuestro caso, esa pobreza evidente en campos ubérrimos, se compensaba, en parte, con la existencia de las herrerías. Y entre astilleros y herrerías... ¿qué más necesitamos para aureolar como industrial la trayectoria secular renteriana desde su nacimiento, aunque hoy sólo quede el recuerdo de aquéllos y aquéllas?.

II

Imaginemos la Orereta de principios del siglo XIV como un disforme conglomerado de casas — casi todas con fuerte componente de madera — en ese saliente sobre la ría configurado por lo que hoy



llamamos "casco viejo" y que, hace setecientos años, estaba rodeado por las aguas al Norte, Oeste y Sur. Es lógico, dada la situación general tanto social como política de la época, que esa incipiente población quisiera rodearse de murallas debido a que las aglomeraciones no muradas "recibían muchos daños e agravios e hurtos... por no estar pobladas nin ayuntadas en uno, ni cercadas en modo alguno". En nuestro caso concreto, se pidió el cerco murado para "defenderse de los gascones, navarros y algunos guipuzcoanos que les hacían perjuicio".

III

En la Europa de hoy es difícil concebir la situación que imperaba entonces. Nosotros, como quipuzcoanos, obedecíamos "más o menos", al rey de Castilla Alfonso XI, en minoría de edad y bajo la regencia de María de Molina, su abuela. Más allá de la Peña de Aya, Bianditz y Urdaburu, se extendía el reino de Navarra, semif feudatario del de Francia (tenían el mismo rey: Felipe II de Navarra y V de Francia). Por su parte, Eduardo II, rey de recuerdo odioso a los ingleses, era Señor de la Guyena (donde iba incluida la Lapurdí actual) con capitalidad en Bayona, con lo que al otro lado del Bidasoa tropezábamos con los "ingleses". O sea, que nosotros estábamos en primera línea con respecto a navarros y franceses y a la retaguardia inmediata de Hondarribia frente a los ingleses.

IV

Pero, aún peor que esta explosiva situación política dado el continuo enfrentamiento entre los reyes de Francia e Inglaterra, era la si-

tuación social. Las malas cosechas debidas a factores climáticos - parece que el primer cuarto de aquel siglo se lo pasó diluviando - y de guerras casi perennes; hicieron que el hambre fuera endémica en toda la Europa Occidental. Entre las clases menos pudientes reinaba una miseria y una mortandad espantosas. La crisis más catastrófica se produjo entre 1314 y 1317, cuatro años en que se perdieron totalmente las cosechas "desde los Pirineos hasta Rusia". Las súplicas en los templos se condensaban en la invocación: "Líbranos, Señor, del hambre, la peste y la guerra". La península ibérica se libró, a duras penas, de tan atroz calamidad, aunque no por eso faltaba su buena ración de carencias.

Entonces, el alimento básico eran los cereales cocidos, el pan y la carne de cerdo en invierno. La pesca era otro alimento base en las zonas costeras o en poblaciones asomadas a ríos con abundancia piscícola. Pero las circunstancias citadas hicieron casi imposible obtener los cereales y muchísimo más la carne. Como aún no se había descubierto América, ni se sospechaba la existencia de patatas, maíz, alubias y tomates...

Los campesinos abandonaron sus improproductivas tierras y no encontraron mejor manera de aprovisionarse que saqueando al vecino. Las Villas y ciudades — muchas de ellas en formación como Villanueva de Oiarso — acogieron a gentes de todas clases que viajaban con la ilusión de escapar del hambre y de la guerra. Es de suponer que aquí se asentarían algunos de estos circunstanciales vagabundos cuyos conocimientos viniesen bien a las necesidades de los astilleros, las herrerías o, simplemente, a las de la incipiente Villa.

V

Las continuas rivalidades entre los reyes de Francia e Inglaterra —en 1323 se recrudeció la guerra entre ellos por la posesión de la Guyena— ; el desconcierto religioso que mantenía al Papa Juan XXII en Aviñón (convertida en sede papal por Clemente V, en 1309), así como la minoría de edad de Alfonso XI, que tenía alborotados a todos los nobles de Castilla...eran magnífico caldo de cultivo para los depredadores los cuales, por estas tierras al menos, no todos eran hambrientos desesperados. En Euskadi se ensañaban despiadadamente oñacinos contra gamboinos mientras que, en Navarra, lo hacían con similar crueldad, agramonteses y beamonteses. Y en estas agitadas aguas, los oreretarras no tuvieron la “cartilla limpia”. En aquel mismo año de 1320 concurrieron al “asolamiento” de la Villas navarras de Goizueta y Arano, dejándolas prácticamente deshabitadas, pero, sobre todo, destruyendo de raíz sus herrerías, sistema de “western” americano para eliminar competencias.

La lucha fratricida entre oñacinos y gamboinos no parece que tuvo gran repercusión en nuestro valle, donde era Pariente Mayor la casa de Ugarte, gamboina. Por otra parte, el más puro bandidaje se desarrollaba en la frontera entre Navarra y Guipúzcoa por Aralar. Allí estaba a la orden del día el robarse unos a otros la ganadería y los bienes transportables, lo que ocasionaba su correspondiente secuela de muertos y heridos en las luchas consiguientes. ¡Y eso que Navarra y Castilla —y por consiguiente Guipúzcoa— estaban en paz!.

VI

Pero, volviendo a Villanueva de Oiarso, como comer es una añaña costumbre que nos agobia a diario, tuvieron que recurrir a las herrerías y astilleros para, con sus productos, conseguir en el exterior lo que nos faltaba en el entorno a fin de completar las carencias vitamínicas de una dieta a base de pescado y sidra. Rodeados de enemigos, declarados o latentes, el camino más expedito al exterior era el del mar. Por eso nuestro puerto llegó a tener la importancia suficiente para despertar los celos de los donostiarras así como su apetito ya que pedían nada menos que la mitad del “pan” que se descargase en nuestro puerto...

La “reina de los mares” de la época era la “coca bayonesa”, embarcación de uno o dos mástiles, no se sabe con seguridad, y capaz de cargar hasta las mil toneladas. Eran los “Queen Mary” o “Normandíe” de entonces. Otras embarcaciones muy usadas eran la carraca, (Ontzi-zarra); la galea grande movida a vela y remo, las más pequeñas galeotas, las polacras, fustas, pinazas, carabelas... Entre ellas tenían donde escoger nuestros constructores de barcos que tenían sus astilleros en la margen izquierda del Oiartzun, ¿Ugarriza?, por las cercanías del actual cuartel de la Ertzaina, y otros en el arrabal de la Magdalena —recuérdese que las aguas llegaban hasta Pontika—. Estos astilleros, que se iniciarían construyendo pequeñas embarcaciones, terminaron en los siglos siguientes construyendo naos que se hicieron famosas por su calidad y magnífica construcción.

El puerto oreretarra estaba en lo que hoy es la Plaza de los Fueros —¡Quién lo diría!— El material para la construcción provenía de los robles bravos de Zutola, Añarbe y otros montes comunales.

VII

Con los barcos mayores se realizaba un activo comercio por toda la costa peninsular hasta Gibraltar y, por las costas europeas, hasta Flandes e Inglaterra. Se importaban cereales, vino, carne en salazón y en vivo, cera, cuero, cobre, estaño y plomo... Del Norte venían agujas, anzuelos, garfios de hierro...

Todo eso y más se pagaba con hierro en lingotes, herramientas, armas blancas productos de la ballena... Se traficaba con lana y trigo de Castilla, vino, ganado... pero eran mercancías de tránsito. Nuestra

“moneda” era, sobre todo, el hierro. Existen documentos de consignaciones de este metal a cambio de “valencianas” (artículos de Valenciennes), que solían consistir en hilos, cordones, cintas, puntillas, mantillas... Otros cambios lo eran por “santomeras” (de Saint - Omer, Flandes) consistentes, sobre todo, en cordaje de cáñamo. Domingo de Berrio, Miguel de Parquez, Garci Urtiz de Bermeo... son nombres asociados a traficantes de aquella época que trocaban hierro por tan variadas mercancías.

Esta era una forma corriente del comercio de entonces: el trueque. Existían las monedas, claro está, pero aquí se requería el conocimiento de expertos ya que el de las monedas era un mundo picaresco dada la distinta amalgama de metales nobles que empleaba cada reino o ciudad con derecho a acuñar moneda. Su mayor o menor porcentaje de oro o plata cambiaba de un rey a otro... Vamos, que “devaluaban” las monedas según sus necesidades.

En la Villanueva de Oiarso se conocían los ducados y florines de oro de las más distintas procedencias así como los esterlines y reales de plata. Pero es de suponer que muy pocos oreretarras dispondrían de aquellas monedas. Un ducado navarro valía once reales de plata o cuatrocientos maravedises. Un real de plata valía dos de vellón, o sea, treinta y seis maravedises, y un escudo, diez reales de vellón... Había monedas más humildes que serían las corrientes en los bolsillos de aquellos primitivos renterianos conociendo el detalle de que un maestro albañil no ganaba arriba de tres maravedises y medio al día.

VIII

Tras este deslizamiento fuera de los nacientes muros de la flamante Villanueva de Oiarso, volvamos a su seno. Para la construcción de barcos; evidentemente, necesitó una industria complementaria para los mismos. Un barco no es sólo su casco de madera tal como lo dejan los carpinteros de ribera. Necesita clavazón, pernos, herrajes, anclas, lonas, cordaje... Por lo tanto, tuvo que haber talleres donde se preparaban todas estas cosas y algunas más necesarias a bordo por muy rudimentaria que fuese la construcción naval en el siglo XIV.

Y, como en aquellos tiempos, cada población tendía a autoabastecerse en lo posible, se evidencia la existencia de pequeñas industrias artesanales de carpintería, herrería, talabartería, sastrería, armería —aún no se habían divulgado las armas de fuego—. Según hemos visto por lo que se importaba del Norte, podemos colegir lo que aquella incipiente industria no daba de sí. Y podemos pensar de ella, a juzgar por lo que pasaba en el resto de Europa, que los artesanos estarían jerarquizados en gremios cerrados, siempre tendentes a la transmisión hereditaria de sus oficios y saberes...

Con todo, esta pequeña artesanía no daría trabajo a mucha gente. De lo contrario, aquella Villanueva de Oiarso no ofrecería tan florido plantel de marinos. De seguro que, cuando los jóvenes estaban en edad de embarcar, ya navegaban, bien pescando, bien caboteando por las costas ibéricas o europeas cuando no se dedicaban al corso, otro de los “oficios” que practicaban casi todos los marinos en unos tiempos en que la guerra de unos contra otros era tan constante como el hambre...

Pero, en el “txoko” quedaban los ferrones, los constructores de naos, los auxiliares de estas “industrias de choque”. Los que iniciaron en aquella Villanueva que amurallaban, el camino de una industrialización que se ha revelado secular. Confiamos en que tal trayectoria no quede interrumpida con la actual situación de crisis general...Amén.